

Fr. PEDRO PEREZ DE MEZQUIA

Maestro y Precursor de Fr. Junípero Serra

Por Fr. IGNACIO OMAECHEVARRIA, O. F. M.

En el Colegio Apostólico de San Fernando de México existe un cuadro que representa, como a personaje ilustre, a Fr. Pedro Pérez de Mezquía. Ahora bien, hojeando los libros viejos de nuestro antiguo convento de San Francisco de Vitoria, en el de tomas de hábito, que comienza el 17 de mayo de 1622, encuentro una partida del tenor siguiente: "En 10 de marz de 1704, a las seis y media de la mañana poco más o menos, yo, Fr. Francisco de Alvéniz, Exdefinidor y Guardián de este convento de nuestro Padre San Francisco de la ciudad de Vitoria, dí el hábito de nuestra sagrada religión a Pedro Pérez de Mezquía, hijo legítimo de Francisco Pérez de Mezquía y de Catalina de Castillo, su legítima mujer, vecinos de la ciudad de Vitoria, por orden de nuestro M. Rdo. P. Fr. Juan de Gámiz, Lector Jubilado y Ministro Provincial de esta Santa Provincia de Cantabria, habiendo precedido la presentación de las informaciones de limpieza, vida, costumbres y demás requisitos que prescriben los decretos apostólicos y nuestras Constituciones Generales, y consta ser de edad de 16 años cumplidos. Y por ser verdad, lo firmé junto con los Padres Discretos" Siguen las firmas: Fr. Francisco de Alvéniz, Fr. Joseph Gutiérrez, Fr. Lucas Queto, Fr. Joseph de Mezeta y Fr. Bernardo de Mendivil" (1).

Para situar al joven novicio en el ambiente religioso-cultural de San Francisco de Vitoria a principios del siglo XVIII, podemos recordar que por entonces cursaban sus estudios en el mismo convento, entre otros, los coristas Fr. Joseph de Arlegui, el futuro fa-

(1) Registro de novicios y profesos de San Francisco de Vitoria, de 1622 a 1744. **Archivo Provincial de Cantabria. Zarauz. Fondo Vitoria.** Véase en M. Geiger, **Palou's Life of Fr. Junípero Serra**, Washington 1955 (p. 354, nota 5), la noticia relativa al cuadro que se conserva en San Fernando de México y representa al P. Mezquía.

moso cronista de la Seráfica Provincia de Zacatecas, y Fr. Melchor Amigo, el autor de la crónica manuscrita de la Provincia de Cantabria, que se extravió antes de salir a la luz pública, pero no sin haber proporcionado datos preciosos al historiador alavés Joaquín de Landázuri. Fr. Joseph de Arlegui, que contaba a la sazón 18 años y que había tomado el hábito a los 15 de edad, el 6 de julio de 1701, era hijo de Joseph de Arlegui y de Ana de San Martín, vecinos de Laguardia. Fr. Melchor, que tampoco pasaba de los 18 años de edad, no obstante haber sido admitido al hábito el año anterior, el 13 de septiembre de 1700, era quizá pariente de Mezquía, con el que coincide en el apellido materno, ya que sus padres se llamaban “Andrés Amigo y Tomasa de Castillo, ya difunta” y eran vecinos de la ciudad de Vitoria”, como los de Mezquía (2).

I

TRADICION MISIONAL FRANCISCANA

Mas, ¿quién es este Fr. Pedro Pérez de Mezquía, que en 1704 figura en Vitoria como novicio franciscano? Anticipo la respuesta que al cabo de los años me dará Fr. Francisco Palou, el compañero inseparable, admirador incondicional y fiel biógrafo del Apóstol de California Fr. Junípero Serra; el cual, al hablar del equipo de Misioneros que se encargó de la conversión de los indios de Sierra Gorda en 1744, advierte que su Presidente, el R. P. Pedro Pérez de Mezquía, “religioso práctico en estas fundaciones, por haber sido uno de los que el Venerable Padre Fr. Antonio Margil llevó para las de las Misiones de Texas, comenzó a formar desde luego las instrucciones que debían observarse en las de Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás Misiones de los Colegios de la Santa Cruz de Querétaro y Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente”, etc. (3). Y al dar cuenta de la gestión de Fr. Junípero Serro, que sucedió en el cargo al P. Mezquía, añade que, “enterado nuestro Venerable Padre [Fr. Junípero] del pie en que se hallaban todavía las expresadas Misiones, de las que por nuestro Colegio quedaba elegido Presidente, se impuso en las instrucciones dadas para su gobierno espiritual y temporal [por Mezquía], las que procuró

(2) **Archivo Provincial de Cantabria.** Libro citado.

(3) Véase Palou-Riber, Evangelista del Mar Pacífico, Madrid 1944, 39-40.

observar y aumentar en cuanto le pareció conveniente y que le decía su fervoroso celo" (4). Y al historiar las Misiones de la Alta California, empresa cumbre y gloria definitiva de Fr. Junípero, se refiere otra vez al Reglamento del P. Mezquía en los siguientes términos: "Asimismo con el fin de que éstas [Misiones de la Alta California] se fundasen con el mismo orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio Ilustrísimo Señor [José Galvez, Visitador General del Reino], éste mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la nueva España" (5).

¿No es acaso interesante estudiar la genealogía metodológica de las célebres "reducciones" californianas de Fr. Junípero Serra y de sus colaboradores, no menos dignas de atención que las que en pos de Fr. Luis Bolaños organizó la Compañía de Jesús en el Paraguay, o que las de los Misioneros Capuchinos de Venezuela? Dejando a un lado por ahora la relación que los ensayos y realizaciones del Tucumán o del Río de la Plata o de Filipinas pueden tener con los éxitos de California, retengamos la afirmación de Palou, de que el Reglamento dispuesto por Mezquía para las reducciones de Sierra Gorda, que recogía las experiencias misioneras de Fr. Antonio Margil, fué adoptado para todas sus Misiones por los Colegios de Propaganda Fide de Querétaro y Zacatecas, y, en consecuencia, también por el de San Fernando de México y particularmente por Fr. Junípero Serra; pudiendo concluirse, a la vista de los documentos existentes, que las posteriores modificaciones introducidas por el Virrey Bucareli o por su secretario Juan José de Echeveste, no son sino detalles complementarios y perfeccionamientos adicionales, que dejan intacta la sustancia de los métodos misionales de Sierra Gorda. Lo cual debe decirse concretamente del Reglamento que el Virrey "mandó se formara a fin de que sirviese de norma para el gobierno que debía observarse y evitar de este modo las novedades que suelen experimentar por las mutaciones de Comandantes". Con el objeto, pues, de que los misioneros no hallaran tropiezos para la aplicación de sus métodos en la posible malevolencia de los sucesivos Comandantes y "para fomento de las Misiones así fundadas como por fundar, dispuso [el Virrey] en el Reglamento que a cada una [de las Misiones] se le

(4) Ib. 42.

(5) Ib. 69.

diesen seis mozos para sirvientes, pagándoles sueldo y ración de cuenta del Real Erario por el tiempo de cinco años”, etc. (6).

Ahora bien, si Mezquía transmite a Fr. Junípero la metodología misional franciscana, Mezquía a su vez la aprende de Fr. Antonio Margil, de quien conviene nos ocupemos brevemente.

II

UN GIGANTE DEL APOSTOLADO MISIONERO

Otro cuadro que hay que destacar, y que esta vez se encuentra en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Puebla de los Angeles, es una pintura al óleo del siglo XVIII, con la siguiente leyenda: “RETRATO EL MAS VERDADERO DEL V. P. FR. ANTONIO MARGIL DE JESUS, CUYA PREDICACION CONVIRTIO MILLARES DE INFIELES A LA FE DE JESUCRISTO Y ECHO EN TIERRA INNUMERABLES IDOLOS. SU INCORRUPTO CUERPO DESCANSA EN EL CONVENTO DE N. P. SAN FRANCISCO DE MEXICO, EN DONDE MURIO. RETRATOSE EN VIDA EN ESTE CONVENTO DE PUEBLA, EN OCASION QUE

(6) Palou, op. cit., 153-154. Juan José de Echeveste era sobrino de Francisco de Echeveste, uno de los miembros más ilustres y destacados de la Cofradía de la Virgen de Aránzazu de la capital de Nueva España, fundador del célebre Colegio de las Vizcaínas, cuya primera piedra puso don Martín de Elizacochea el 30 de julio de 1734, y fundador asimismo de la Archicofradía de la Virgen de Aránzazu de Manila, en las islas Filipinas. Un retrato de Francisco de Echeveste, que se conserva en el Colegio de las Vizcaínas, lleva la siguiente inscripción biográfica: “EL GENERAL DON FRANCISCO DE ECHEVESTE, NATURAL DE LA VILLA DE USURBIL, EN LA MUY NOBLE Y MUY LEAL PROVINCIA DE GUIPUZCOA. NACIO EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1683. OBTUVO DOS VECES EL CARGO DE GENERAL, POR SU MAJESTAD, DE LOS GALEONES DE FILIPINAS, QUE DESPACHA AQUEL GOBIERNO A ESTE REINO; DEL DE SU EMBAJADOR, ENVIADO AL REY DE TONKIN, DEL IMPERIO DE LA GRAN CHINA; Y LOS DE CONSUL Y PRIOR DEL REAL TRIBUNAL DEL CONSULADO DE ESTA NUEVA ESPAÑA. MURIO EN ESTA CAPITAL DE MEXICO EL DIA 20 DE OCTUBRE DE 1753, A LA EDAD DE 79 AÑOS Y 11 MESES”. Su sobrino Juan José de Echeveste, miembro como él de la Cofradía de la Virgen de Aránzazu, activó las gestiones para que se llevara a cabo la erección canónica de la Archicofradía de la misma advocación, de Manila, iniciada por su tío, y fué en todo fiel heredero de su espíritu. Respecto a la Cofradía de México, escribe Enrique de Olavarría y Ferrari en 1889: “Al espíritu de la región vascongada débese la fundación de la Cofradía, que puede llamarse mexicana, de Nuestra Señora de Aránzazu, establecida por los naturales, hijos y originarios del Señorío de Vizcaya, sus Encartaciones, provincias de Alava y Guipúzcoa y Navarra, que tenían su vecindad y residencia en la capital de la Nueva España.

PASABA A TEPEACA A UNA DE SUS APOSTOLICAS CONQUISTAS EN COMPANIA DEL HERMANO DONADO FR. FELIPE GABRIEL DE ESCARSEGA, A QUIEN, SIENDO DE LOS MECOS INFIELES, CONVIRTIO Y ALUMBRO CON LAS LUCES DE SU APOSTOLICA DOCTRINA, QUIEN TAMBIEN MURIO EN BUENA OPINION" (7).

Margil había nacido en Valencia, el 18 de agosto de 1657, unos veintiocho años antes que Pedro Pérez de Mezquía. Tuvo dos hermanas, una de las cuales escogió el estado de matrimonio y otra se hizo monja franciscana. El tomó el hábito en el Convento de la Corona de Cristo, de Valencia, el 22 de abril de 1673, profesando el 25 de abril del siguiente año. Ordenado sacerdote en 1682, no tardó en ser destinado a Ultramar, y en consecuencia zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 4 de marzo de 1683, a las órdenes de Fr. Antonio Llinás de Jesús María, el creador de los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide, que conducía a Nueva España una brillante expedición de veinticuatro frailes. Uno de ellos era Fr. Juan de Luzuriaga, natural de Ozaeta, "Predicador Apostólico, Lector Jubilado, Padre de las Santas Provincias de Cantabria y Valencia", autor del *Paraninfo celeste*, primera historia impresa de la Virgen de Aránzazu y de su Santuario, que pasaba a las Indias con el nombramiento de Comisario General de Nueva España. Fué el encargado de predicar un solemne sermón de circunstancias. Y, mientras Margil rumiaba las palabras del devoto y algo barroco predicador cántabro, la flota de Diego de Saldibar arribó a tiempo para escuchar los ayes de los heridos y contemplar las ruinas humeantes que una reciente incursión de piratas sanguinarios dejaba sobre la ciudad desolada...

Margil llegó al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro el 13 de agosto de 1683. Providencial la institución de estos Colegios Apostólicos de Propaganda Fide, el primero de los cuales fué precisamente el de Querétaro, fundado por el P. Llinás el 12 de marzo de 1682 y aprobado el 8 de mayo del mismo año por Inocencio XI, que promulgaba al mismo tiempo las Constituciones peculiares que reglamentarian su régimen (8). Los frailes de los Colegios se lanzaban en ininterrumpidas oleadas a las más difíciles empresas apostólicas, buscando con celo intrépido y con inagotable heroísmo los puestos más peligrosos y las tribus más irreductibles.

(7) Para la biografía de Margil, véase Fr. Daniel Sánchez, **Un gran apóstol de las Américas Septentrional y Central**, Guatemala 1917.

(8) Véase AIA, 16, 321-341, y 17, 176-244.

Fr. Antonio Margil inició en 1684 una carrera apostólica sin precedentes, predicando y convirtiendo pecadores y evangelizando infieles en las extensísimas provincias de Campeche, Yucatán, Chiapas, Guatemala, Costa Rica. No menos de 2.500 cruces marcan su itinerario desde Querétaro a Panamá y desde Texas a Guatemala. Los pueblos que él evangelizó siguen aún cantando el *Alabado* aprendido de sus labios. El fundó el Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala, canónicamente erigido, por un decreto del Comisario General de Indias, del 9 de marzo de 1692, como cuartel general de los apóstoles que bajo la dirección de Margil se dedicaron en los años sucesivos a la reducción de los indios talamanca, choles y lacandones. Pueden recordarse nombres como los de Fr. Melchor de Jesús, que se asoció a Margil en 1694; Fr. Pedro de la Concepción Urtiaga, que en 1706 pasaría a ser Obispo de Puerto Rico; Fr. Pablo de Rebullida y Fr. Antonio de Zamora, que coronarían su apostolado con un martirio glorioso. Y él fundó también el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, de Zacatecas, cuya erección fué oficialmente aprobada, por Real Cédula de Felipe V, el 27 de enero de 1704, en el mismo año en que Fr. Pedro Pérez de Mezquía tomaba el hábito en San Francisco de Victoria. Y filial de estas fundaciones fué también la del Colegio de San Fernando de México, que tuvo lugar el 15 de enero de 1731, y que tanta fama había de alcanzar con Fr. Junípero y con las Misiones de la Alta California (9).

Mas detengámonos en Zacatecas, a cuyos Misioneros, en colaboración con los de Querétaro se encomendó la evangelización de los indios de Texas, que se consideraba urgente por parte del Gobierno a causa de las repetidas incursiones que efectuaban en su territorio los franceses establecidos en la vecina colonia de la Louisiana. Nótese que, si bien la fundación había sido aprobada en 1704, el nuevo Colegio no pudo ser ocupado por los frailes y por su primer Guardián, el P. Margil, hasta 1707. Y su primera empresa no fué la de Texas, sino la de la reducción de las tribus de Nayarit, en que Margil trabajó hasta 1711, iniciando luego, por el año 1715, su marcha hacia el norte con varios compañeros, entre los que hallamos al P. Mezquía.

(9) Espinosa, **Crónica**, 490, 502, 510. Utilizo para estos apuntes un ejemplar existente en nuestra biblioteca de San Francisco de Olite con dedicatoria autógrafa del autor. Es obra rara.

III

ENTRE LOS COMPAÑEROS DEL PADRE MARGIL

En 1715, al embarcar con rumbo a Nueva España, Fr. Pérez de Mezquía, sacerdote y predicador, contaba, según los informes de la Casa de Contratación de Sevilla, "treinta años de edad" y era "alto, blanco y rojo". Formaba parte de una expedición de treinta franciscanos, de los que diecisiete Padres —entre ellos Fr. José de Arlegui— y dos Hermanos Legos iban destinados al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro (10).

No tuvo tiempo Mezquía para reponerse de las fatigas del largo viaje, pues, en cuanto tomó la bendición de su Prelado de Querétaro, llegaba también a los Colegios de Querétaro y Zacatecas una Real Provisión, fechada el 1 de octubre de 1715, en cuya virtud debían partir inmediatamente hacia Texas, para conjurar el peligro de la penetración francesa, varios Misioneros y una escolta militar a las órdenes del alférez Domingo Ramón, según disposición del Virrey Sr. Duque de Linares. Y, echadas las suertes, fueron designados para la fascinadora aventura los Padres Fr. Manuel Castellanos, Fr. Francisco Hidalgo, Fr. Gabriel de Vergara, Fr. Benito Sánchez, (Fr. Isidro Félix de Espinosa) y Fr. Pedro Pérez de Mezquía.

Los indios texas no les eran del todo desconocidos a los españoles. También hasta allí había llegado, al parecer, el apostolado milagroso de la Madre Agreda. En todo caso se les venía aplicando el nombre de *texas* desde que en 1688, al preguntárseles a qué nación pertenecían y si eran enemigos de los españoles, contestaron en idioma assinai: *texia, texia*, que quiere decir: *amigos, amigos*. Fué con ocasión de un aviso que había recibido Fr. Domingo Manzanet, estando en la Misión de Santiago, Valle de la Candela, de la Gobernación de Coahuila, acerca de la presencia de unos hombres blancos y bermejos [franceses] en la Bahía del Espíritu Santo junto al Mar del Norte, a unas ciento treinta leguas hacia el Este. Por lo que se hizo un reconocimiento y se averiguó que varios franceses habían sido muertos por los indios y quemado el fuerte de madera en que su guarnición se alojaba. Y en consecuencia se organizó en 1690 una expedición que tuvo por resultado el establecimiento de la Misión de San Francisco de los Texas, donde el 22 de mayo los españoles fueron obsequiados por los indios con bollos de maíz o *tamales* y con una bebida fermentada del mismo

(10) Véase Geiger en *The Americas*, 1949 (julio), 48-49.

grano, que llamaban *atole*; y el día 25 celebraron con toda solemnidad la fiesta del Corpus Christi, “cantando la Misa el R. P. Comisario Fr. Domingo Mazanet, y asistieron a ella, vestidos de gala, desde el General hasta el último soldado, y el Gobernador de los Texas con todos sus caciques, y multitud innumerable de pueblo; y después se formó una procesión con el Divinísimo, que tenía suspensos y admirados a los indios”. Seguidamente se tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad Carlos II, y el General Alonso de León entregó al indio principal un bastón con su cruz, “dándole el título de Gobernador de todos sus pueblos”. Es verdad que a fines de octubre de 1693, “por ser toda aquella tierra muy montuosa y para que todos pudiesen sembrar no había capacidad en los pequeños valles” y porque no se lograba congregarse en pueblos a los indios, se acabó por abandonar las Misiones de Texas ante los rumores de un asalto francés inminente; pero al menos el territorio había quedado ya santificado por la solemne celebración del Corpus, como había ocurrido a principios de siglo con la prematura expedición de Pedro Ferrández de Quirós a las Nuevas Hébridas (12).

En 1715 se trataba de llevar a cabo fundaciones más sólidas y permanentes. El P. Mezquía y sus compañeros emprendieron la marcha en enero de 1716, llegando el 12 de abril a Río Grande del Norte, donde se juntaron con los Padres Fr. Agustín Patrón y Fr. Pedro de Mendoza y dos Hermanos Legos. Era un país en que los Misioneros de Zacatecas habían ya fundado la Misión del Río de la Sabina en 1614 y la del Río Salado, afluente del Río Grande, en febrero de 1615. Todos juntos formaban ahora los frailes un escuadrón respetable; pero la alegría de verse reunidos para acometer juntos la travesía del Río Grande, que constituía la frontera de Texas, se vió turbada por una sombra negra. El P. Margil, llegando de Boca de Leones, donde acababa de hacer un fruto extraordinario en las almas, enfermó en el camino y, trabajosamente conducido por sus compañeros a la Misión San Juan Bautista, recibía piadosamente el Viático el 25 de abril, con gran sentimiento de los frailes, que daban por perdida aquella vida tan preciosa. Con todo, aunque por algún tiempo quedaron acompañando al enfermo Fr. Isidro Félix de Espinosa y Fr. Matías Sanz, los demás, y el P. Mezquía con ellos, reemprendieron la marcha aquella misma tarde; y no tardaron en seguirles los Padres Sanz y Espinosa. Mas no mu-

(11) Espinosa, 417.

(12) Espinosa, 408-414.

rió Margil, sino que también se sintió restablecido al cabo de pocos días; y dando alcance a sus compañeros, que se le habían adelantado, pudo ya escribir al P. Andrade el 29 de mayo: “Ya gracias a Dios Nuestro Señor nos hallamos a la vela los Religiosos del Colegio de la Cruz de Querétaro y nosotros los de Guadalupe de Zacatecas, caminando para los texas y demás naciones, que dicen casi innumerables que hay de la otra banda del Río Grande del Norte” (13).

La marcha duró dos meses, predicándose durante ella con mucho fruto a los soldados del convoy, que confesaban y comulgaban con frecuencia y cantaban todos los días a coro el *Alabado* del P. Margil, hasta que por fin, el 27 de junio, llegaron a la primera ranchería de Texas.

IV

CRISTIANIZACION DE INDIOS Y FUNDACION DE PUEBLOS

Fr. Isidro Félix de Espinosa, que formaba parte del fervoroso escuadrón misionero, cuenta con colores de viva y palpitante frescura la entrada en Texas de Fr. Pedro Pérez de Mezquía y sus compañeros. El día 27 de junio —dice— “salieron a encontrarnos treinta y cuatro indios texas, cinco de ellos capitanes, y todos nos abrazaron, mostrando el regocijo con que nos esperaban en sus tierras”. Al día siguiente, al cabo de una marcha de nueve leguas, se presentaron otras noventa y seis personas, con todos sus capitanes y hombres principales, “a quienes salimos a recibir con un guión, en que iban grabadas las imágenes de Cristo Crucificado y de Nuestra Señora de Guadalupe, que adoraron todos y besaron puestos de rodillas. Fuimos procesionalmente cantando *Te Deum laudamus*, hasta llegar a la enramada, muy capaz, que estaba prevenida; y, concluido el canto, con muchas lágrimas de regocijo fuimos tomando asiendo en albardas atadas, que sirvieron de taburetes, y las mantas de jerga suplieron por alfombras”.

Hombres blancos en contacto con pieles rojas. Película norteamericana, cuyos personajes se mueven en Texas, pero sin vaqueros ni tiros.

A continuación —cuenta el cronista— “cada capitán fué sacando un puñado de tabaco molido, del que ellos usan, y iban echando sobre una gamuza muy pintada y curiosa, y lo revolvían uno con

(13) Daniel Sánchez, op. cit., 179; Espinosa, 417.

otro para mostrar la unión de sus voluntades. Después, echando de aquel tabaco en una pipa muy adornada de plumas blancas, señal de paz entre ellos, le dió fuego un indio de los principales, y fué dando a los Padres y a los españoles su bocanada, que es la ceremonia más usada por ellos entre los que reciben por amigos. De nuestra parte se les dió a todos los caciques chocolate, y el capitán les repartió en nombre de Su Majestad sombreros, frezadillas, tabaco y otras menudencias, y los indios correspondieron con cantidad de maíz tierno, sandías, tamales —que son bollos de maíz— y frisoles cocidos con maíz y nueces. Tres días se repitió este festejo”.

El 3 de julio los Misioneros siguen su marcha, y utilizando como intérprete a una india texa, que se había criado en Coahuila, declaran el fin de su viaje y proceden a la fundación de varios pueblos, el primero de ellos San Francisco; y, veinte leguas más adelante, Concepción Purísima, a cuyo frente quedó el P. Espinosa; y a diez leguas de distancia, entre los nacodochis, Nuestra Señora de Guadalupe; y diez leguas más al Norte de Concepción, entre los nazonis, San José, que se formaliza el 10 de julio (14).

Y las nuevas Misiones fueron prosperando, no sin algunos contratiempos, entre los cuales anota el cronista la desertión de siete soldados, quedando reducidos a 18 los 25 que formaban la escolta. Pero la mayor dificultad la constituyó la repugnancia de los indios a formar poblados. Hubiera convenido establecer reducciones de unas mil personas cada una, pero los Misioneros no lograban congregarse a los indios dispersos a pesar de la cuidadosa selección del emplazamiento y de los traslados que en algunos casos se efectuaron a sitios que parecían más aptos. Desde luego, hacía estragos una disenteria de sangre, que se presentó con síntomas alarmantes. En tiempo de estas epidemias, los Misioneros salían todos los días a caballo a visitar a los indios en sus rancherías.

Por lo demás, se cosecharon frutos apreciables de ejemplares conversiones. Una de éstas fué la del “capitán general de los texas”, que, tras madura reflexión, pidió el Bautismo antes de morir, con gran edificación de sus vasallos. “Cinco días repetí la visita —cuenta Espinosa—, y al cabo de ellos mandó traer agua en una vasija, y delante de los que le asistían bajó la cabeza y me pidió que le bautizase, lo cual hice, aumentando con la agua de mis ojos la de

(14) Espinosa, 417-418. En las páginas 419-438 describe el cronista minuciosamente las costumbres de los indios texas, su religión, supersticiones, etc.

la vasija". Fué un solemne bautizo y edificante, a cuya vista pidió también el sacramento otro capitán pariente del primero. Y los dos recibieron en el bautizo el nombre de Francisco. Y los dos murieron a los pocos días, "muy llorados del pueblo, que gastó ocho días en hacerles funerales y exequias". También se convirtieron algunos hechiceros o sacerdotes, que ellos llaman *chenesi*. Fué Fr. Gabriel de Vergara, quien, por obedecer al P. Espinosa, logró reducir al primero de estos *chenesi*, "que es el que cuida de la *Casa del Fuego*" y a quien por su odio a los cristianos se le conocía con el nombre de *Sata Yaexa*, que quiere decir "contrario de los españoles". En el bautismo se le impuso el nombre de Pablo (15).

Fr. Antonio Margil fundó la Misión de Dolores entre los indios *ays*, bajo la protección de la Virgen Dolorosa, y a cincuenta leguas de distancia de ésta y sólo a diez millas de la frontera francesa, la Misión San Miguel, entre los indios *adays*; y trató también de reducir a pueblo a los indios *yataxis*. Toda una red de estaciones misioneras, que abarcaban de un extremo a otro la casi totalidad meridional del territorio de Texas. Y no contento el celoso apóstol con la conversión de los infieles, se adelantó hasta la guarnición francesa para prestar sus servicios también a aquellos soldados desamparados. "Cercano a las diez leguas, tenían un fuerte los franceses; y como aquel fuego que ardía en el corazón de Fr. Antonio ni se estrechaba a términos, ni diferenciaba naciones, como fuesen capaces de percibir sus incendios, se fué a visitar a estos extranjeros; y llevando consigo el ornamento, les dijo misa, les predicó, valiéndose de intérprete, y confesó muchos de ellos, que estaban algún tanto inteligentes en nuestro idioma, y les administró el Sacramento de la Eucaristía. Cayó esta lluvia del cielo como en tierra sedienta; porque aquellos soldados no tenían Ministro eclesiástico ni lo había de su nación en más de cien leguas" (16).

Era una primavera prometedora, fundada, según las previsiones humanas, sobre fundamento sólido; pero también esta vez surgieron inesperadas tormentas asoladoras.

V

RUINA Y RESTAURACION DE LAS MISIONES DE TEXAS

Es natural que no puedan establecerse cristiandades prósperas sin el adecuado tributo de fatigas y sudores y aun de vidas precio-

(15) Espinosa, 439-442.

(16) Sánchez, 181, 182; Espinosa, 443.

sas. Fr. Luis Montedoca caía en 1718 víctima de la hostilidad pagana, muerto a causa de un voraz incendio provocado por los indios. Y en poco tiempo fallecieron asimismo, a causa de las privaciones y dificultades del clima, Fr. Domingo de Urioste y otros ocho Misioneros (17).

Con esto, podía considerarse la Misión bien arraigada. Mas he aquí que, “cuando más tranquilo estaba el P. Fr. Antonio, logrando a peso de trabajos bautizar algunos moribundos”, se declaró la guerra entre las Coronas de España y Francia, llegando en junio de 1719, “como postas ligeras, las infaustas noticias a los españoles de Pensacola y franceses de Mobile”. Y el comandante francés del puesto fronterizo atacó en seguida a los españoles del fuerte de San Juan Bautista de Nachitooz y a los cristianos de San Miguel de los Adais, haciendo prisioneros a un Hermano Lego y a un soldado, encargado de guardar la Misión, y haciendo presa en los ornamentos sagrados y en las gallinas del poblado; si bien el Hermano Lego logró escaparse “por entre la espesura de los árboles”, mientras el comandante francés daba en tierra con su caballo gracias “al estrépito que con las alas formaron las gallinas”.

Enterado el P. Margil de lo que ocurría por ios informes del Lego fugitivo, con “los bien fundados recelos de que todas las Misiones correrían la misma fortuna, atendidas las cortas fuerzas de los nuestros, que no eran suficientes a esperar al contrario, y más si se coligaba a los indios, se resolvió que todos se retirasen a paraje seguro. Mientras tanto se dió aviso a los presidios cercanos, que el más inmediato estaba de la Misión saqueada más de doscientas leguas. Y esto sucedió a fines de junio de 1719” (18).

El capitán español creyó conveniente efectuar una retirada general juntamente con los Misioneros, salvando y llevándose consigo cuanto podían. No obstante los Padres Margil y Espinosa, “por no desamparar por completo aquella espiritual conquista”, quedaron en un primer momento en la Concepción Purísima, sin reservarse ninguna otra cosa sino un solo ornamento para decir misa en la pobre iglesia de paja; pero por fin —cuenta Espinosa— “teniendo noticias de haberse alejado los nuestros más de lo que se tenía pactado y prevenido, y por otras circunstancias que ocurrieron, salimos el día 14 de julio en los alcances de los nuestros,

(17) Espinosa, 457-458; Castañeda, **Our Catholic Heritage in Texas**, III, 128-129; Habig, **The Heroes of the Cross**, 3.^a ed., Paterson N. J., 1947, 193.

(18) Sánchez, 186.

y a los cinco días tuvimos el consuelo de vernos juntos". Y como conservaran los fugitivos el propósito de volver cuanto antes a los puestos abandonados, se levantó en aquellos lugares un campamento provisional, que permaneció durante tres meses, con chozas de madera y con un altar portátil colocado en una tienda de lona. Y los nueve sacerdotes allí concentrados, entre ellos el Padre Mezquía, celebraban cada día su misa muy de madrugada. Y en la fiesta de la Asunción Fr. Antonio Margil cantó la misa y otro predicó el misterio, "supliendo los afectos de los corazones, que este día se mostraron más tiernos, los aparatos que negaba aquel desierto haciendo resonar en los campos las voces propias de los coros".

Al cabo de los tres meses, visto que el socorro esperado no llegaba, la imponente caravana misionera tuvo que retirarse hasta las fronteras de México, y, entre enormes penalidades y trabajos, llegó el 3 de octubre de 1719 a la Misión de San Antonio, que acababa de fundarse, y formó al año siguiente la Misión de San José, donde los fugitivos permanecieron hasta abril de 1721.

Finalmente, reunida la tropa necesaria para recobrar las Misiones perdidas, "hacia fines de abril de 1721 se dispuso la jornada para Texas; y con tal orden marchaban los soldados, que parecían emular las mansiones y caminos de los israelitas. Todos los días se celebraban, cuando menos, ocho o nueve Misas, con sermón todas las tardes en los días de fiesta; y era el más continuo en este trabajo el P. Margil, sirviendo las vegas de aquellos campos de Iglesia. A las noches era un remedo de la gloria oír cantar el *Alabado*, que se repetía en diez coros, que otros tantos formaban las mansiones de Religiosos, Gobernador y capitanes. Por último, aunque no faltaban, como entre los israelitas, rebeliones, llegó toda la compañía a la deseada tierra de Texas, y con solemne aparato se restablecieron las Misiones", restaurándose las de San Francisco y la Purísima en los días 5 y 8 de agosto y creándose la del Pilar de Zaragoza el 23 del mismo mes y año de 1721 (19). El P. Margil quedó al frente de la Misión de San Miguel de los Adais hasta su nombramiento de Guardián de Zacatecas.

Durante el accidentado regreso a Texas, tan lleno de aventuras, había muerto en el camino, flechado por los indios apaches,

(19) Sánchez, 190-192; Espinosa, 456.

Fr. José de Pita, que cayó en el lugar llamado Carnicería, cerca del actual Rockdale (20).

Ya no desaparecerían las Misiones de Texas, pero tampoco lograron nunca un desarrollo próspero y fecundo; puesto que, por falta de protección militar, no fué posible formar pueblos con suficientes garantías de defensa contra las tribus salvajes, y muchas cristiandades tuvieron que trasladarse a las márgenes del río San Antonio, no quedando en Texas por entonces más que las de Guadalupe entre los nacodochis, Dolores entre los ais y San Miguel y Nuestra Señora del Pilar entre los adais (21).

VI

CONDUCTOR DE EXPEDICIONES MISIONERAS

Fr. Antonio Margil llegaba a San Francisco de México, enfermo y agotado, para entregar allí su alma a Dios, el 2 de agosto de 1726, fiesta de Santa María de los Angeles. Al día siguiente, al hacer su confesión general de despedida de este mundo, repetía, con generoso arranque: "*Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*". "*Preparado está, oh Dios, mi corazón, preparado para la marcha*". El día 4, fiesta del Patriarca Santo Domingo, recibió fervorosamente el Santo Viático, estando presentes la venerable Comunidad y el Ministro Provincial de la Provincia del Santo Evangelio. Y, habiéndose extendido por la ciudad la noticia, hondamente conmovidos los habitantes, comenzaron a mandar al convento algunas imágenes consideradas como milagrosas, rogando todos por la salud del enfermo. Toda la población vivía pendiente del convento. Así era en el siglo XVII la capital de Nueva España, centro potente de luminosas irradiaciones misioneras.

(20) Morfi, **History of Texas** (traducción de Castañeda), Albuquerque, N. M., 1935, I, 235, nota 42; **The Heroes**, 48-49 y 194. Posteriormente también hubo mártires en Texas: Fr. José Francisco de Gonzábal, víctima de los indios cocos en 1752, y Fr. Alonso Giraldo de Terreros, Fr. José de Santesteban y Fr. Javier de Silva, víctimas de los comanches en 1758 (Morfi-Castañeda, 308, 329 ss., 376 ss.; **The Heroes**, 49-53 y 197-198).

(21) Espinosa, 459-460; Lemmens, **Geschichte**, 247-248. En Espinosa, 526 ss., puede verse la biografía de otro Misionero alavés famoso, fray Marcos de Guereña, según le apellida constantemente el cronista, y no Guereñu, como corrigen algunos, compañero también del P. Margil en las Misiones del Norte de México. Véase Salazar, **Misioneros Franciscanos en América**, 95-98. Nótese que en Alava existe un pueblo y un apellido "Guereñu", pero también hay otro "Guereña".

Entre las imágenes que entraron en la celda del moribundo, había una de la Virgen de los Remedios, del monasterio de Santa Clara, que Margil tomó en sus manos, miró con indecible ternura y besó piadosamente, diciéndole: "Hasta mañana". Era la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de agosto. Y en efecto, al día siguiente, día 6, Transfiguración del Señor, entregó a Dios su alma grande y generosa, a los 53 años de edad, mientras pronunciaba estas palabras: "Es hora de ir a ver a Dios".

Inhumado a los dos días, 8 de agosto, en la capilla de San Francisco, no tardó en incoarse la causa de beatificación y canonización del gran Misionero, a quien Gregorio XIV, concluidos los procesos previos y reconocida la heroicidad de sus virtudes teológicas y cardinales, declaró oficial y públicamente Venerable el 31 de julio de 1736.

Hacia diez años que el Siervo de Dios había pasado a mejor vida, pero su espíritu seguía palpitante en el mundo. Era el olor de santidad, el exquisito perfume de sus virtudes apostólicas, y también la herencia fecunda y rica de sus Colegios Apostólicos de Propaganda Fide; y también la generación emprendedora de fervorosos apóstoles por él formados, herederos fieles de su celo devorador por la gloria de Dios y la dilatación mundial de la Iglesia. Entre ellos estaba Fr. Pedro Pérez de Mezquía, fiel y humilde colaborador de Margil en la aventura misionera de Texas, operario silencioso e incansable, que nunca quiso llamar sobre sí la atención, pero que en la madurez de su vida, a los cuarenta años cumplidos, no pudo substraerse al desempeño de los oficios que los que de cerca le conocían creyeron deber confiarle.

En efecto, a raíz de la muerte de Margil, fué Mezquía por dos veces Guardián y Prelado del Colegio Misionero de la Santa Cruz de Querétaro, teniendo que preocuparse como tal de la buena dirección de todas las importantes empresas que pesaban sobre sus Misioneros (22).

Predicose por entonces en Puebla de los Angeles una gran Misión, que conmovió hondamente a la ciudad, despertando en sus habitantes el afecto hacia los Misioneros. Y el Comisario General

(22) Del segundo trienio guardiánal del P. Mezquía en Querétaro se conservan en el Archivo General de México dos cartas al Virrey fechadas respectivamente el 4 de mayo de 1731 y el 8 de agosto del mismo año. Véase Castañeda, **Our Catholic Heritage in Texas**, Austin 1938, 360 y 430. Sobre la fundación del Hospicio de Puebla de los Angeles, véase Espinosa, 544 ss.

de Nueva España quiso aprovechar la oportunidad para fundar allí un Hospicio. “Teniendo noticia —dice Espinosa— el M. R. P. Comisario General, Fr. Fernando Alonso González, de haberse renovado los antiguos afectos de los ciudadanos de la Puebla para con los Misioneros, le pareció ocasión oportuna para dejar zanjado un Hospicio en aquella nobilísima ciudad; y para esto, estando en México el R. P. Pedro Pérez de Mezquía, Guardián segunda vez de este santo Colegio de Querétaro —gestionando, sin duda alguna, la fundación del Colegio Apostólico de San Fernando—, le ordenó que pasase a la Puebla y tantease los ánimos, para dar principio a las diligencias del Hospicio...” etc.

Encargó, pues, el Comisario General al Padre Mezquía en 1732 la fundación de un Hospicio de Misioneros en Puebla de los Angeles, donde a la sazón era Obispo don Juan Antonio de Lardizábal y Elorza, natural de Segura, hermano del gran devoto de Aránzazu don Martín de Lardizábal y Elorza, que en su testamento del 15 de octubre de 1743, otorgado en Huarte Araquil, de Navarra, legaría 1.163 ducados y siete reales para atender a la luminaria “que está en la capilla del Patriarcha San Joseph de est iglesia de Aránzazu, en obsequio del Niño Jesús que en ella se venera” (23). La gestión de Mezquía ante el Obispo obtuvo éxito pleno. Quedaba autorizada por parte del Prelado la fundación del Hospicio junto a la ermita de Nuestra Señora del Destierro o Desierto, situada en el Rancho del Venerable Aparicio. Sólo faltaba la Real Cédula correspondiente, que también se encargó de gestionar en persona Fr. Pedro Pérez de Mezquía.

Y con esta comisión y para reclutar una partida de Misioneros con destino al Colegio Apostólico de San Fernando de México, cuya fundación se había autorizado por Real Cédula del 15 de octubre de 1733, se trasladó el fraile alavés a España, donde en 1738 lo encontramos organizando la primera de sus famosas expediciones misioneras. Tal será la más destacada aureola con que pasará a la posteridad el dinámico reclutador de apóstoles ultramarinos, a cuyo celo debe seguramente su fundación y, desde luego, también su subsistencia, el Colegio Apostólico o Seminario de Misiones de San Fernando de México, providencial Convento-Cuna de las inmortales fundaciones franciscanas de la Alta California. “Preténdese —dice una carta del Padre Fr. Francisco López Salgueiro, fechada en Querétaro el 17 de abril de 1738 y dirigida a Fr. Antonio Herosa, morador del Colegio de Herbón, en Galicia—

la cédula de fundación de Colegio para el dicho Hospicio [del Beato Sebastián Aparicio]; y para esto, como para traer misión para el Colegio Nuevo de San Fernando de México, está ya allá [en España] un Religioso de nación vizcaína, hijo de la Provincia de Cantabria, y Guardián que fué dos veces de este Colegio" (24). La valiente expedición misionera, que constaba de doce frailes, llegó a México en 1742, dispuesta a llevar a cabo la difícil evangelización y reducción de los indios de Sierra Gorda. Y cuando, caídos en la brecha los apóstoles de la primera hora, haya necesidad de buscarles sustitutos, será el mismo P. Mezquíá el encargado de conducir en 1749 una nueva partida de 33 héroes, distribuidos en dos navíos, "*Santa María de Begoña*" y "*Nuestra Señora de Guadalupe*". Y entre los Misioneros embarcados en el "*Guadalupe*" habrá dos nombres mallorquines dignos de ser especialmente subrayados: el de Fr. Junípero Serra, Apóstol de California, y el de Fr. Francisco Palou, su compañero inseparable y su inmortal biógrafo. Y en el "*Begoña*" irá, entre otros, el futuro mártir de los indios apaches del Norte de Texas, el navarro Fr. José de Santiesteban. El P. Fr. Pedro Pérez de Mezquíá contaba en dicha fecha según los libros de la Casa de Contratación de Sevilla, 61 años (25).

Desde luego el reclutamiento no había sido negocio sencillo. El P. Mezquíá tuvo que luchar más de una vez con los Ministros Provinciales y Guardianes, que no querían permitir fácilmente se les marcharan a países lejanos algunas personas tan necesarias, al parecer, en España. Particularmente la agregación, a última hora, de Fr. Francisco Palou y Fr. Junípero Serra, fué mérito personal del P. Mezquíá, que maniobró con habilidad en el momento oportuno. Fr. Junípero —según cuenta Palou— estaba a la sazón ardiendo en ansias de ir a Misiones y de "derramar su sangre por la salvación de los infieles". Y corrió por el convento el rumor de que uno de los frailes soñaba en marcharse a las Indias. El P. Palou, discípulo de Fr. Junípero, acuciado por una gran curiosidad, quería saber si realmente Fr. Junípero pensaría en ser Misionero. "Yo que me hallaba más libre para que no se me dificultase por parte de la Provincia [el ir a Misiones] —refiere el diligente biógrafo—, estaba para resolverme y poner la pretensión para la licencia; no quise deliberar sin primero consultarlo con mi amado Padre Maes-

(24) AIA, II, 1914, 260-261.

(25) Véase *The Americas*, V, 1949 (julio), 48-60; Palou-Riber, *Evangélista del Mar Pacífico*, 24 ss., 31, 72, 250 ss. Beristain, *Biblioteca*, 3.^a ed., II, n. 1749; A. Casas, *Fr. Junípero Serra*, Barcelona 1949, 33-36, etc.

tro y Lector Fr. Junípero Serra. Logrando un día la ocasión de haber venido a la celda de mi habitación y que estábamos solos, le comuniqué lo que sentía mi corazón, suplicándole me diese su parecer. Al ver mi propuesta, se le saltaron las lágrimas, no de pena, como yo juzgué, sino de gozo, diciéndome:

—Yo soy el que intento esta larga jornada; mi pena era el estar sin compañero para un viaje tan largo, no obstante que no por esta falta desistía. Acabo de hacer dos novenas a la Purísima Concepción de María Santísima y San Francisco Solano, pidiéndoles tocasen en el corazón a alguno para que fuese conmigo si era la voluntad de Dios; y no menos que ahora venía resuelto a hacerlo y convidarle para el viaje, porque, desde que me resolví, he sentido en mi corazón tal inclinación a hablarle, que esto me hizo pensar que Vuestra Reverencia se animaría. Y supuesto que lo que con tanto secreto he guardado en mi corazón, ha llegado a noticia de Vuestra Reverencia, sin duda será la voluntad de Dios; no obstante encomendémoslo al Señor, y haga Vuestra Reverencia lo mismo que yo he practicado de las dos novenas, y guardemos ambos el secreto.

Luego que se vió con compañero escribió a los Reverendísimos Comisarios Generales de la Familia y de Indias, pidiéndoles la licencia para pasar a América a la conversión de los gentiles. Respondió el Reverendísimo de Indias dificultándolo, porque sólo dos Comisarios había en España de los Colegios de la Santa Cruz de Querétaro y San Fernando de México—a saber Fr. Pedro Pérez de Mezquía—, y estaban con las Misiones ya completas, en Andalucía, en vísperas de embarcarse; pero que nos tendría presentes para la primera ocasión, añadiendo que podría haber inconvenientes por no ser del continente de España.

“No por eso desistió de su intento el fervoroso Padre Junípero, ni se entibió en la vocación, antes sí repitió carta a Su Reverendísima, suplicándole que, si por ser de la isla de Mallorca había de haber dificultades, nos facilitase la licencia para incorporarnos a alguno de los Colegios del Continente de España, para obviar todo impedimento...

“No se olvidó nuestro Reverendísimo P. Comisario General de Indias Fr. Matias Velasco de nuestra pretensión, ni omitió diligencia alguna para darnos el consuelo a que aspirábamos, sino que luego que recibió la primera carta la despachó a los Comisarios de los citados colegios que se hallaban en Andalucía, encar-

gándoles que, si se les desgraciase alguno, nos tuviesen presentes. Llegó tan a buen tiempo la carta, que de los treinta y tres religiosos alistados para la Misión de San Fernando se habían arrepentido cinco, amedrentados por la mar, que jamás habían visto, con cuyo motivo hubo lugar para nosotros. Luego el Rvdo. P. Fr. Pedro Pérez de Mezquía, de la Provincia de Cantabria y Comisario de la Misión nos despachó por el correo ordinario las dos patentes; pero éstas no llegaron; y, si hemos de creer al dicho de cierto religioso grave del expresado convento de Palma, se perdieron desde la portería hasta la celda de mi habitación.

“Viendo el P. Comisario de la Misión que con dichas patentes no parecíamos, nos remitió otras *por conducto extraordinario, que no se pudieran perder*. Recibilas el 30 de marzo (de 1749), a tiempo que se hacía la bendición de palmas. Y luego que salimos del rectorio, con la bendición y licencia de nuestro M. Rdo. Padre Provincial, caminé para la villa de Petra [donde estaba predicando la Cuaresma Fr. Junípero] y, entregando aquella misma noche las patentes al Rdo. Padre Junípero, fué para él de mayor gozo y alegría que si le hubiera llevado cédula para alguna mitra”.

De este modo consiguió Fr. Pedro Pérez de Mezquía completar su célebre expedición misionera de 1749. Desde luego los frailes conducidos a Nueva España por el tenaz Comisario de Misiones representan uno de los capítulos más asombrosos de la incomparable epopeya misionera de la Iglesia. Uno de estos hombres ocupará el puesto que le corresponde en la *Sala de la Fama* del Capitolio de Wáshington, donde no entran sino unos pocos escogidos. Pero no está solo. Aunque los demás han quedado a la puerta de entrada, también ellos forman, en el camino que va de San Fernando de México, de Sierra Gorda y de California, al Capitolio de Wáshington, como una avenida histórica de estatuas invisibles, que se alinean a los dos lados para dar paso al protagonista.

VII

PRESIDENTE DE LAS MISIONES DE SIERRA GORDA

Sierra Gorda fué la palestra donde Fr. Pedro Pérez de Mezquía, como Presidente y Capitán de un intrépido puñado de héroes, hizo aplicación personal de las experiencias recogidas en el ejercicio de su apostólico ministerio con Fr. Antonio Margil y con los demás fundadores de los primeros Colegios de Misiones del Nuevo Mundo.

Fué en 1743 cuando el coronel Joseph Escandón, al visitar Sierra Gorda, a treinta leguas de Querétaro, halló por una parte y por otra frailes de San Agustín y de Santo Domingo; pero entre las Misiones de ambos Ordenes, subsistía aún, de modo extraño, “un gran manchón de gentilidad en el centro de Nueva España”, de unos 500 kilómetros por 200 de superficie y de 175 kilómetros de circunferencia. “Este paraje sumamente áspero —cuenta Palou— da principio como treinta leguas distante de la expresada ciudad de Querétaro y se extiende a cien leguas de largo y treinta de ancho, en cuyas breñas vivían los indios de la nación pame todavía en su gentilidad no obstante hallarse cercado todo de pueblos cristianos” (26).

Fué una gran sorpresa. Se creía que ya no había infieles por aquellas comarcas. Precisamente el Colegio de Querétaro se había fundado con intenciones explícitamente misioneras; pero a los dos primeros frailes, que desde el principio habían salido con el propósito de explorar y de evangelizar el país, se les había dicho que allí había ya Misioneros de Santo Domingo; por lo que los frailes, por no dejar inactivo su celo, pasaron adelante, hacia el Oriente, a la Sierra de Tamaulipas, en la frontera de Nuevo León y Guasteca, “y en ella fundaron una Misión que después se entregó para la Custodia de Tampico”. Así, pues, en cuanto el Virrey se enteró, no sin asombro, de lo que ocurría, dispuso que se fundaran ocho Misiones, tres a cargo de los Descalzos del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Pachuca, y las otras cinco a cargo del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, quedando divididas las dos circunscripciones por el caudaloso río Moctezuma, que “cubleando por la Guasteca”, desemboca en el Golfo de México.

Nos fijaremos en las cinco Misiones encomendadas al Colegio de Querétaro, ya que fué el P. Mezquía el encargado de organizarlas. “Dióse principio a esta reducción el año de 1744, llegando a dicha Sierra doce Misioneros Sacerdotes de dicho Colegio de San Fernando, cuyo Presidente era el R. P. Fr. Pedro Pérez de Mezquía, y con ellos el referido Sr. General don José Escandón; y, explorado aquel terreno, hallaron cinco sitios proporcionados para las cinco Misiones, a las que luego concurrieron los indios comarcanos, y se dejó a su voluntad el avecindarse en cualquiera de ellas; y el R. P. Presidente destinó para cada paraje dos Misioneros, los que, por medio de los indios naturales y algunos de

(26) Palou, 38 ss.; Espinosa, 253 ss.; Maximin Piette, *Le Secret de Fr. Junípero*, I, 72-74, 80, 87, 132-143, etc.

México ladinos, que se agregaron como pobladores, dieron mano a fijar el estandarte de la Santa Cruz, formando una Capilla de palos, techada de zacate, para que sirviese de interina Iglesia, y a continuación de ella una casa de lo mismo para vivienda de los Padres. Los indios también formaron chozas de las mismas materias para su habitación y para libertarse de los ardores del sol, y el referido señor General dejó en la principal Misión, en el sitio nombrado Xalpan (dedicado al Apóstol Santiago, Patrón de España), una compañía de soldados milicianos con sus correspondientes oficiales: Capitán, Teniente y Alférez; de cuya compañía se destacaron y repartieron por las Misiones los soldados que se juzgaron necesarios para escolta de los Padres; y, concluida la fundación de dichas Misiones, se dedicaron las otras cuatro a la Purísima Concepción de Nuestra Señora, al Príncipe y Arcángel Señor San Miguel, a Nuestro Seráfico Padre San Francisco y a Nuestra Señora de la Luz, y el señor General se retiró para la ciudad de Querétaro, quedando los Padres dando principio a la formación de unos padrones, en que constasen los indios que se avecindaban en ellas, cuyo número ascendió a 3.840. Indagaron los que confesaban estar bautizados desde su niñez y los que no lo estaban. Instruyeron a unos y a otros de cuanto correspondía por medio de intérpretes, para lo que se servían de los indios mexicanos (por hallarse instruidos en el idioma), y luego que los hallaban capaces bautizaban a los gentiles.

“El P. Mezquía, Religioso práctico en estas fundaciones (por haber sido uno de los que el V. P. Margil llevó para las Misiones de Texas), comenzó a formar, desde luego, las instrucciones que debían observarse en las de Sierra Gorda para el régimen espiritual y temporal de ellas, siendo el mismo que se ha observado en las demás Misiones de los Colegios de la Santa Cruz de Querétaro y Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas en sus espirituales conquistas, y es en la forma siguiente:

“*Régimen espiritual.*—Que primeramente procurasen los Padres Misioneros que cada día, al salir el sol, se congregasen en la iglesia al son de campana todos los indios e indias grandes, así gentiles como neófitos, sin faltar alguno. Que uno de los Padres rezase con ellos las oraciones y texto de la Doctrina cristiana y les explicasen en castellano los Misterios más principales, practicando lo mismo por la mañana (luego que los grandes saliesen) y por la tarde, antes de ponerse el sol, con los niños y niñas que tuviesen cinco años para arriba de edad, sin permitir que ninguno

faltase a este santo ejercicio. Que los catecúmenos y los que se hubiesen de casar, o cumplir con el precepto anual de la confesión, asistiesen a él también a mañana y tarde, para que fuesen instruidos antes de ercibir los referidos Santos Sacramentos, y que lo mismo se ejecutase con los que olvidaran la Doctrina, sin embargo del diario ejercicio.

“Que los días de fiesta celasen con grande vigilancia que ninguno faltase a la Misa del Pueblo, ni a la plática que en ella se debía hacer, explicando el Evangelio o los Misterios de nuestra santa fe, y que procurasen acomodarse con prudencia y discreción a la rudeza y necesidad de los indios y que, acabada la misa, uno los Misioneros los llamase a todos al padrón, según sus nombres, y que llegasen uno a uno a besarle la mano, con lo que se reconocería si faltaba alguno.

“Que a los más capaces y hábiles exhortasen a la frecuencia de los Santos Sacramentos (a más del cumplimiento de la Iglesia), principalmente en las grandes festividades, y a oír Misa aun en los días que no son de precepto, dejándolos siempre en libertad. Que en sus enfermedades procurasen visitarlos a menudo y que fuesen curados y asistidos según lo permite la tierra, y con mayor cuidado que recibiesen los Santos Sacramentos de que fuesen capaces y de asistirles para auxiliarlos en su muerte, y que el pueblo asistiese al entierro. Asimismo, que pusiesen esmero en componerlos en sus enemistades y litigios enseñándoles a vivir unidos en la paz y caridad cristiana sin permitir escándalos o malos ejemplos en la Misión.

“*Gobierno temporal.*—Para conseguir el deseado fin del fruto espiritual, dispuso el citado R. P. Mezquía que se procurase el bien temporal de aquellos indios pames, pues, faltando éste, no podrían hacer pie en el pueblo o Misión ni asistir a la Misa y cotidiano rezo, porque les sería preciso ir dispersos vagueando en solicitud de comida y vestuario. Para evitar esto, encargó Su Pateridad que los Padres Misioneros solicitasen por medio del Síndico, a cuenta del Sínodo anual que les daba Su Majestad para la manutención (agregando a él la limosna de las Misas que se les encomendasen), herramientas y demás útiles necesarios para poner en corriente alguna siembra, como también algunas vacas y bueyes y demás ganado para que del fruto de ello se mantuviesen de comunidad, como se practicó al principio de la Iglesia. Así se ejecutó, dando principio, y con el tiempo se fué aumentando y se lo-

graron algunas cosechas que se repartían a los indios para ayudar a su existencia en la Misión" (27).

"El año 1742 —escribía a la sazón Espinosa, en el optimismo de los primeros momentos— trajo una Misión muy florida [a San Fernando] el R. P. Fr. Pedro Pérez de Mezquía, dos veces Guardián de la Santísima Cruz [de Querétaro]; y al presente (1744) se hallan doce Religiosos de San Fernando en las conversiones de Sierra Gorda" (28).

Mas no tardaron en presentarse dificultades y obstáculos de todo género. El clima resultaba tan insalubre, que en poquísimos tiempos murieron cuatro de los doce Sacerdotes; y otros seis, afectados de graves dolencias, tuvieron que ser evacuados a la enfermería de Querétaro; no quedando en su puesto más que dos de los fundadores. En esta situación 3.507, de los 7.406 indios que habían logrado reducir los frailes, se habían fugado a los montes. Es verdad que se pidió socorro a los Colegios de Querétaro y Zacatecas, porque el de San Fernando estaba ya exhausto; pero, como los Misioneros de estos Colegios, en aquel estado de cosas, optaron por atender a los puertos de Sierra Gorda sólo por turnos de seis meses, no tenían tiempo siquiera para aprender la lengua y apenas podían hacer fruto en las almas.

Pero el P. Mezquía, alavés tenaz y perseverante, no cejó en su empeño. Se fué otra vez a España en busca de Misioneros para San Fernando, y volvió en 1749 con un brillante equipo de 33 apóstoles llenos de salud y celo, de los que ocho llegaron a Sierra Gorda el 16 de julio de 1750, a saber: los Padres Palou, Serra, Crespi, Ramos de Lora, Paterna, de la Carpa, y los alaveses Lasúen y Murguía. Fr. Francisco Palou y Fr. Junípero Serra, inseparables, se encargaron juntos de la Misión de Santiago de Xalpán. Y todos se pusieron a trabajar con abnegado entusiasmo según las normas y orientaciones de Fr. Pedro Pérez de Mezquía.

El infatigable apóstol alavés no quedó defraudado. Nos lo da a entender claramente al escribir a don Pedro Romero de Terreros, el 28 de marzo de 1759, acerca de las providencias tomadas para substituir en Texas a los mártires Fr. Alonso Giraldo de Terreros y Fr. José de Santesteban y al ponderar con este motivo, en términos elogiosos, la labor de los misioneros de Sierra Gorda y particularmente la de Fr. Francisco Palou y Fr. Junípero Serra: "De

(27) Palou, 39-41.

(28) Espinosa, 521. Cfr. Ib, 525. La **Crónica** de Espinosa salió a luz en 1746.

parte de este Colegio [de San Fernando] estaban aprontados dos ministros, que el Discretorio, que acabó, señaló y hizo venir de las Misiones de Sierra Gorda, por concurrir en ellos cuantas circunstancias se pueden discurrir y que constituyen un buen ministro. Pues lo primero, son doctos, de manera que el principal, que se llama Fr. Junípero, era Catedrático de Prima en la Universidad de Mallorca; y el otro, que se llama Fr. Francisco Palou, discípulo del primero, era en su Provincia Lector de Filosofía. Uno y otro son Religiosos muy ajustados y que, con haber estado en dichas Misiones de Sierra Gorda, han manifestado un gran celo de la salvación de las almas. Pues luego que llegaron se aplicaron a entender y saber la lengua de los [indios], con que hicieron admirables progresos; pues, fuera de tener instruidos a todos los indios en la doctrina cristiana, más de las tres partes de ellos confiesan y comulgan anualmente, y alguno, así hombres como mujeres, en las festividades principales; fuera de que hicieron iglesia de 55 varas de largo y 11 de ancho, y sacristía correspondiente, todo de cal y canto, y de bóveda, sin más auxilio que el de Dios y su constante aplicación y trabajo, y sin que los indios contribuyesen otra cosa que el asistir de peones y administrar los materiales. Desean con ansias continuar su celo con los indios apaches, y les ha servido por sentimiento lo que escribe el P. Viana en orden a que no se pudo resolver que por ahora vayan Religiosos, y de más providencias, y que de hecho no vayan prontamente. Pero quedan muy resignados en hacer lo que les ordenare la obediencia" (29).

El maestro y precursor de Fr. Junípero Serra murió en el Colegio de San Fernando de México poco antes del 6 de marzo de 1764.

VIII

E P I L O G O

Fué Mezquía quien llevó a Fr. Junípero al Nuevo Mundo y quien lo formó para el apostolado y quien le dió las normas escritas de su sabio Reglamento de Misiones. El precursor y maestro ha cumplido su misión cuando comienza a actuar el protagonista. Así desaparece Mezquía de la escena. Pero ha dejado a un gigante como heredero de su espíritu. Y Fr. Junípero, aplicando las instrucciones del precursor, hará maravillas en el ejercicio de su mi-

(29) Véase esta carta del P. Mezquía en M. Geiger, **Palou's Life of Fr. Junípero Serra**, Washington 1955, 355, nota 20. La noticia de la muerte del P. Mezquía, *ibidem*, 343, nota 13.

nisterio. Enseñará a los indios a celebrar con piedad las fiestas de la Liturgia, particularmente la Semana Santa, y les inculcará una devoción tierna a la Pasión del Señor y a la Eucaristía, y a la Santísima Virgen. “No fué menor el esmero con que el Siervo de Dios procuró atraer a aquellos sus hijos a la devoción del Santísimo Sacramento. Instruyóles a que preparasen y adornasen con enamadas el camino por donde había de transitar la procesión del Corpus...

“Con igual cuidado se dedicó a introducirlos en la devoción a María Señora Nuestra, y con particularidad a su Purísima Concepción Inmaculada, previniéndose a celebrarla con la Novena, a que asistía todo el pueblo, y en el de esta gran festividad se cantaba la Misa y predicaba el Sermón, y después se entonaban los Gozos de la Purísima Concepción. Todos los domingos por la tarde se rezaba la Corona a la Madre de Misericordia, concluyéndola con el *Alabado* o con los gozos que se cantaban. Y para más aficionarlos, el V. Padre pidió de México una imagen de bulto de la dulcísima Señora, que puesta en sus andas la sacaban en procesión por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando dos faroles y cantando la Corona. Luego que entraban en la iglesia se cantaba la *Tota Pulchra es Maria*; que tradujo este su amante Siervo en castellano; y que aprendieron y entonaban con mucha solemnidad los indios, causando a todos gran ternura, principalmente aquel verso: “Tú eres la honra de nuestro pueblo”; con lo cual les quedó una ardiente devoción a la clementísima Madre.

“Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devoción al Señor San Miguel Arcángel, al Santísimo Patriarca Señor San José, a N. P. S. Francisco y otros Santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto como si fuera de españoles los más católicos, debiéndose todo al ardiente celo de nuestro V. Fray Junípero”.

Naturalmente, la devoción iba al par con el progreso material de las Misiones, que prosperaban en todos los órdenes. Si al principio tenía que estar un Padre presidiendo las laboes de los indios y trabajando con ellos, pronto se pudo echar mano de la cooperación de los mismos indios de más confianza, y al fin se logró incluso que se emanciparan un poco de la tutela del Misionero, enseñándoles a tener y administrar su propia hacienda, sin mantenerlos en perpetua minoreñidad, puesto que se les asignaban “pedazos de tierra y se les daba una yunta de bueyes de las de la comunidad y semillas para sembrar, cuyos frutos vendían y con

su producto se ayudaban a vestir o compraban algún caballo, yegua o mula, todo a dirección del Padre, que los instruía para que no fuesen engañados”.

En 1770 se pudieron pasar al Clero secular las Misiones ya maduras, convertidas en parroquias, con sus templos hermosos, con sus campos y huertos, con sus cuadras y almacenes de grano. Y el Sr. Arzobispo de México, don Antonio Lorenzana, escribió con este motivo una carta muy elogiosa al Guardián y Discretos del Colegio de San Fernando: “Muy Señor mío: El Cura y Juez Eclesiástico de Cadereyta me ha dado cuenta con las diligencias que de mi orden practicó para poner a cargo del Clero Secular las cinco Misiones de Xalpán, Landa, Tilaco, Tancayol y Conca en la Sierra Gorda; y resultando de ellas el infatigable celo con que han trabajado allí los hijos de ese Apostólico Colegio, siendo el puntual cumplimiento de su Instituto igual al dejarlas que al tomarlas, no puedo menos de manifestar a V. Rma. mi gratitud y la obligación en que me constituyo de apetecer ocasiones en que servirle. Nuestro Señor guarde a V. Rma. muchos años. México y diciembre, 22, de 1770. B. L. M. de V. Rma. su más afecto servidor, Francisco.—Arzobispo de México” (30).

Fr. Pedro Pérez de Mezquía —intensamente observador y realista y práctico— tiene el mérito de haber sabido plasmar en un Reglamento escrito las experiencias misioneras recogidas en su apostolado de Texas y de Texas abajo, como colaborador de Fr. Antonio Margil, y de haberlas transmitido, convenientemente adaptadas, a Fr. Junípero Serra, de quien fué “seleccionador”, precursor y maestro en las Misiones de Sierra Gorda.